

PECADO INCONMENSURABLE

Volumen 1 – Sermón No. 299

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
12 DE FEBRERO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND**

***“¿Quién podrá entender sus propios errores?”
Salmos 19:12***

Lo que sabemos no es nada comparado con lo que ignoramos. El mar de la sabiduría ha arrojado una o dos conchas a nuestra orilla, pero sus vastas profundidades nunca han conocido el paso del buscador. Incluso en las cosas naturales, sólo conocemos la superficie de los asuntos. Aquel que ha viajado por el ancho mundo y ha descendido a sus minas más profundas, debe ser consciente de que sólo ha visto una parte de la mera corteza de este mundo, que en cuanto a su vasto centro, sus misteriosos fuegos y secretos fundidos, la mente del hombre aún no los ha concebido.

Si volvéis los ojos hacia arriba, el astrónomo os dirá que las estrellas por descubrir, que la vasta masa de mundos que forman la Vía Láctea, y las abundantes masas de nebulosas, que esos vastos cúmulos de mundos desconocidos, exceden tan infinitamente lo poco que podemos explorar, como una montaña excede a un grano de arena.

Todo el conocimiento que los hombres más sabios pueden alcanzar en toda una vida no es más que lo que el niño puede tomar del mar con su pequeña taza, comparado con las aguas ilimitadas que llenan sus canales hasta el borde. Pues, cuando somos los más sabios, no hemos hecho más que llegar al umbral del conocimiento, no hemos dado más que un paso en esa carrera de descubrimientos que tal vez tengamos que seguir durante toda la eternidad.

Lo mismo ocurre con las cosas del corazón y las cosas espirituales que conciernen a este pequeño mundo llamado hombre. No conocemos más que la superficie de las cosas. Ya sea que os hable de Dios, de sus atributos, de Cristo, de su expiación, o de nosotros mismos y de nuestro pecado, debo confesar que hasta ahora no conocemos más que lo exterior, que no podemos comprender la longitud, la anchura, la altura de ninguno de estos asuntos.

El tema de esta mañana, nuestro propio pecado, y el error de nuestros propios corazones, es uno que a veces creemos conocer, pero del que siempre podemos estar muy seguros de

que sólo hemos empezado a aprender, y que cuando hayamos aprendido lo máximo que jamás sabremos en la tierra, la pregunta seguirá siendo pertinente: "¿Quién puede entender sus errores?"

Ahora bien, esta mañana me propongo en primer lugar, muy brevemente por cierto, explicar la pregunta, luego con mayor extensión grabarla en nuestros corazones, y por último aprenderemos las lecciones que nos enseñaría.

I. En primer lugar, permítanme **explicar la pregunta**: "¿Quién puede entender sus errores?". Todos reconocemos que tenemos errores. Seguramente no somos tan orgullosos como para imaginarnos perfectos. Si pretendemos ser perfectos, somos completamente ignorantes, pues toda profesión de perfección humana surge de una perfecta ignorancia. Cualquier noción de que estamos libres de pecado debería descubrirnos de inmediato que abundamos en él. Para vindicar mi jactancia de perfección, debo negar la Palabra de Dios, olvidar la ley y exaltarme por encima del testimonio de la verdad.

Por eso, digo, estamos dispuestos a confesar que tenemos muchos errores, pero ¿quién de nosotros puede comprenderlos? ¿Quién sabe con precisión hasta qué punto puede ser un error lo que imaginamos que es una virtud? ¿Quién de nosotros puede definir cuánto de iniquidad se mezcla con nuestra rectitud, cuánto de injusticia con nuestra justicia? ¿Quién es capaz de detectar los componentes de cada acción, para ver la proporción de motivo que la constituiría en buena o mala?

Si fuera un hombre astuto, sería capaz de desenmascarar una acción y dividirla en los motivos esenciales que la componen. Cuando pensamos que tenemos razón, ¿quién sabe si no nos equivocamos? Cuando incluso con el escrutinio más estricto hemos llegado a la conclusión de que hemos hecho algo bueno, ¿quién de nosotros está completamente seguro de no haberse equivocado? ¿No puede el bien aparente estar tan empañado por motivos internos que se convierta en un verdadero mal?

¿Quién puede comprender de nuevo sus errores, para detectar siempre una falta cuando se ha cometido? Los matices del mal son perceptibles para Dios, pero no siempre perceptibles para nosotros. Nuestro ojo ha sido tan cegado y su visión tan arruinada por la caída, que podemos detectar el negro absoluto del pecado, pero somos incapaces de discernir los matices de su oscuridad. Y, sin embargo, la más leve sombra de pecado es perceptible para Dios, y esa misma sombra nos separa del Perfecto, y nos hace culpables de pecado. ¿Quién de nosotros tiene ese agudo método de juzgarse a sí mismo, de modo que sea capaz de descubrir la primera huella de maldad? "¿Quién puede comprender sus errores?"

Seguramente, ningún hombre pretenderá una sabiduría tan profunda como ésta.

Pero vayamos a asuntos más comunes, por los que quizá podamos entender mejor nuestro texto. ¿Quién puede comprender el número de sus errores? La mente más poderosa no podría contar los pecados de un solo día. Como la multitud de chispas de un horno, así de innumerables son las iniquidades de un día. Antes contaríamos los granos de arena a la orilla del mar, que las iniquidades de la vida de un hombre.

Una vida purísima y limpia sigue estando tan llena de pecado como el mar está lleno de sal. ¿Y quién es el que puede pesar la sal del mar, o puede detectarla cuando se mezcla con cada partícula fluida? Pero si pudiera hacer esto, no podría decir cuán vasta es la cantidad de mal que satura toda nuestra vida, y cuán innumerables son esos actos, pensamientos y palabras de desobediencia, que nos han expulsado de la presencia de Dios, y han hecho que Él aborrezca a las criaturas que sus propias manos han hecho.

Además, aun si pudiéramos decir el número de pecados humanos, ¿quién, en segundo lugar, podría estimar su culpa? Ante la mente de Dios, la culpa de un solo pecado, y uno como el que tontamente llamamos pequeño, la culpa de un solo pecado merece Su eterno desagrado. Hasta que esa única iniquidad no sea lavada con sangre, Dios no puede aceptar el alma y tomarla en Su corazón como Su propia descendencia. Aunque ha hecho al hombre y es infinitamente benevolente, su sentido de la justicia es tan fuerte, severo e inflexible, que debe expulsar de su presencia a su hijo más querido si un solo pecado permanece sin perdonar. Entonces, ¿quién de nosotros puede decir la culpa de la culpa, la atrocidad de esa rebelión ingrata que el hombre ha comenzado y llevado a cabo contra su Creador sabio y misericordioso?

El pecado, como el infierno, es un pozo sin fondo. Oh, hermanos, nunca ha existido un hombre que supiera realmente cuán culpable es, pues si un ser así pudiera estar plenamente consciente de toda su propia culpa, llevaría el infierno en sus entrañas. Es más, a menudo pienso que difícilmente pueden los condenados en perdición conocer toda la culpa de su iniquidad, pues de lo contrario, incluso su horno podría calentarse siete veces más, y las corrientes de Tofet se ampliarían hasta una profundidad inmensurable. El infierno que encierra un solo mal pensamiento es indecible e inimaginable. Dios sólo conoce la negrura, el horror de las tinieblas, que se condensa en el pensamiento del mal.

Y además, creo que nuestro texto nos transmite esta idea. ¿Quién puede entender el agravamiento peculiar de su propia transgresión? Ahora, respondiendo a la pregunta por mí mismo, siento que como ministro de Cristo no puedo entender mis errores. Colocado donde multitudes escuchan la Palabra de mis labios, mis responsabilidades son tan tremendas, que en el momento en que pienso en ellas, una montaña presiona mi alma.

Ha habido momentos en los que he deseado imitar a Jonás, tomar un barco y huir de la

obra que Dios me ha encomendado, pues soy consciente de que no le he servido como debía.

Cuando he predicado con la mayor seriedad, voy a mi habitación y me arrepiento de haber predicado de una manera tan despiadada. Cuando he llorado por vuestras almas, y cuando he agonizado en oración, aún he sido consciente de que no he luchado con Dios como debiera haber luchado, y que no he sentido por vuestras almas como debiera sentir. Los errores que un hombre puede cometer en el ministerio son incalculables. No creo que haya infierno lo suficientemente caliente para el hombre que es infiel aquí.

No puede haber maldición demasiado horrible para ser lanzada sobre la cabeza de aquel hombre que extravía a los demás cuando debería guiarlos por el camino de la paz, o que trata las cosas sagradas como si fueran asuntos sin peso y de poca importancia. Traigo aquí a cualquier ministro de Cristo que viva, y si es un hombre realmente lleno del Espíritu Santo, te dirá que cuando está abatido por la solemnidad de su oficio, abandonaría la obra si se atreviera, que si no fuera por algo más allá, misteriosos impulsos que lo impulsan hacia adelante, quitaría su mano del arado y abandonaría el campo de batalla. Señor, ten piedad de tus ministros, porque, más que todos los demás hombres, necesitamos piedad.

Y ahora señalo a cualquier otro miembro de mi congregación, y cualquiera que sea su posición en la vida, cualquiera que sea su educación, o las providencias peculiares por las que haya pasado, insistiré en que hay algo especial en su caso que hace que su pecado sea tal pecado, que no puede comprender cuán vil es.

Tal vez hayas tenido una madre piadosa que lloró por ti en tu infancia, y te dedicó a Dios cuando estabas en la cuna. Tu pecado es doblemente pecado. Tiene un matiz escarlata que no se descubriría en un criminal ordinario. Desde tu juventud has sido dirigido en el camino de la justicia, y si te has extraviado, cada paso que has dado no ha sido un paso hacia el infierno, sino una zancada hacia allá. No pecas tan poco como otros. Las cuentas de otros hombres suben rápidamente, pero donde hay peniques que se pagan por otros pecadores, hay libras que se pagan por ti, porque tú conoces tu deber pero no lo cumples.

El que sale del seno de una madre, hacia el infierno va a sus profundidades más bajas. Hay en el infierno un grado de tortura, y el más profundo debería seguramente estar reservado para el hombre que pasa por encima de las oraciones de una madre hacia la perdición. O puede que nunca tenga que dar cuenta de esto, pero puede tener un agravante igual. Usted ha estado en el mar señor. Muchas veces ha estado en peligro de naufragar. Ha tenido escapes milagrosos.

Ahora, cada uno de estos naufragios ha sido una advertencia para ti. Dios te ha llevado a las puertas de la muerte, y tú has prometido que si Él salvara tu desdichada alma, llevarías una

vida nueva, que comenzarías a servir a tu Hacedor. Has mentido a tu Dios. Tus pecados antes de que pronunciaras ese voto ya eran suficientemente malos, pero ahora no sólo quebrantas la ley, sino tu propio pacto que voluntariamente hiciste con Dios en la hora de la enfermedad.

Tal vez algunos de ustedes han sido arrojados de un caballo, o han sido atacados por la fiebre, o de otras maneras han sido llevados a las mismas puertas de la tumba. ¡Qué solemnidad tiene ahora vuestra vida! Aquel que cabalgó en la carga de Balaclava y, sin embargo, regresó vivo, salvado donde cientos mueren, debería considerarse desde ese momento como un hombre de Dios, salvado por una providencia singular para fines singulares.

Pero ustedes también han tenido sus escapes, si no tan llenos de asombro, pero ciertamente tan especiales ejemplos de la bondad de Dios. Y ahora, cada error que cometes se vuelve indeciblemente malvado, y de ti puedo decir: "¿Quién puede entender sus errores?".

Pero podría agotar a la congregación trayendo uno por uno. Aquí viene el padre. Señor, tus pecados serán imitados por tus hijos. Por eso no puedes entender tus errores, porque son pecados contra tu propia descendencia, pecados contra los hijos que han brotado de tus propios lomos.

Aquí está el magistrado. Señor, tus pecados son de un tinte peculiar, porque, estando en tu posición, tu carácter es observado y mirado, y cualquier cosa que hagas se convierte en la excusa de otros hombres.

Traigo a colación a otro hombre que no ocupa cargo alguno en el estado, y que tal vez sea poco conocido entre los hombres. Pero, señor, usted ha recibido una gracia especial de Dios, ha gozado ricamente de la luz del rostro de su Salvador, usted ha sido pobre, pero Él lo ha hecho rico, rico en fe. Ahora, cuando te rebelas contra Él, los pecados de los favoritos de Dios son pecados en verdad.

Las iniquidades cometidas por el pueblo de Dios llegan a ser tan enormes, como el alto Olimpo, y alcanzan las mismas estrellas. ¿Quién de nosotros, pues, puede comprender sus errores, sus agravantes especiales, su número y su culpabilidad? Señor, ¡escudríñanos y conoce nuestros caminos!

II. Así he tratado de explicar brevemente mi texto, ahora vengo a **la impresión de él en el corazón**, como Dios el Espíritu Santo me ayudará.

Antes de que un hombre pueda comprender sus errores, hay varios misterios que debe conocer. Pero cada uno de estos misterios, creo, está más allá de su conocimiento, y por

consiguiente, la comprensión de toda la profundidad de la culpa de su pecado debe estar bastante más allá del poder humano.

Ahora bien, el primer misterio que el hombre debe comprender es la caída. Hasta que no sepa cuánto se han degradado y depravado todas mis facultades, cuán profundamente se ha pervertido mi voluntad y desviado mi juicio de su cauce correcto, cuán real y esencialmente viciosa se ha vuelto mi naturaleza, no me será posible conocer toda la extensión de mi culpa.

Aquí hay una pieza de hierro colocada sobre el yunque. Los martillos lo golpean con fuerza. Mil chispas se esparcen por todos lados. Supongamos que fuera posible contar cada chispa a medida que cae del yunque; sin embargo, ¿quién podría adivinar el número de las chispas no nacidas que aún yacen latentes y ocultas en la masa de hierro? Ahora, hermanos, vuestra naturaleza pecaminosa puede compararse a esa barra de hierro calentada. Las tentaciones son los martillos, vuestros pecados las chispas. Si pudieran contarlos (cosa que no pueden hacer), ¿quién podría decir la multitud de iniquidades nonatas de pecado que yacen dormidos en sus almas? Sin embargo, deben saber esto antes de conocer toda la pecaminosidad de su naturaleza.

Nuestros pecados abiertos son como la pequeña muestra del granjero que lleva al mercado. Hay graneros llenos en casa. Las iniquidades que vemos son como la mala hierba en el suelo superficial, pero me han dicho, y de hecho he visto la verdad de ello, que si cavas seis pies en la tierra, y levantas tierra fresca, se encontrarán en ese suelo a seis pies de profundidad, las semillas originarias de la mala hierba de la tierra. Y así, no debemos pensar solamente en los pecados que crecen en la superficie, sino que si pudiéramos volver nuestro corazón hasta su núcleo y centro, lo encontraríamos tan completamente impregnado de pecado como cada pedazo de putrefacción lo está de gusanos y podredumbre.

El hecho es que el hombre es una masa hedionda de corrupción. Toda su alma está tan degradada y depravada por naturaleza, que ninguna descripción que puedan dar de él, ni siquiera las lenguas inspiradas, puede decir plenamente cuán vil e inmundos es.

Un antiguo escritor dijo una vez de la iniquidad interior, que era como las reservas de agua que se cree están ocultas en las profundidades de la tierra. Dios rompió una vez las fuentes del gran abismo, y entonces cubrieron las montañas veinte codos hacia arriba. Si Dios retirara alguna vez su gracia restrictiva y rompiera en nuestros corazones todas las fuentes de las grandes profundidades de nuestra iniquidad, sería una inundación tan maravillosa, que cubriría las cimas más altas de nuestras esperanzas, y todo el mundo dentro de nosotros se ahogaría en espantosa desesperación.

Ni un ser viviente podría encontrarse en este mar de maldad. Lo cubriría todo y se tragaría toda nuestra virilidad.

¡Ah! Dice un viejo proverbio: "Si el hombre pudiera llevar sus pecados en la frente, se taparía los ojos con el sombrero". Ese viejo romano que dijo que le gustaría tener una ventana en su corazón para que todos pudieran ver dentro de él, no se conocía a sí mismo, pues si hubiera tenido una ventana así, pronto habría rogado que le dieran un par de postigos, y los habría mantenido cerrados, estoy seguro, pues si alguna vez hubiera visto su propio corazón, se habría vuelto loco de atar. Por tanto, Dios evita a todos los ojos, excepto a los Suyos, esa visión desesperada: un corazón humano desnudo.

Gran Dios, aquí nos detendríamos y clamaríamos: "He aquí que en maldad fui formado, y en pecado me concibió mi madre. Tú quieres la verdad en lo íntimo, y en lo oculto me harás conocer la sabiduría. Purifícame con hisopo y seré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve".

Una segunda cosa que será necesario que entendamos antes de que podamos comprender nuestros errores es la ley de Dios. Si describo la ley por un momento, verán fácilmente que nunca podrán esperar entenderla completamente. La ley de Dios, tal como la leemos en los diez grandes mandamientos, parece muy simple, muy fácil. Sin embargo, cuando llegamos a poner en práctica incluso sus preceptos más elementales, descubrimos que nos resulta imposible cumplirlos plenamente.

Sin embargo, nuestro asombro aumenta cuando descubrimos que la ley no significa simplemente lo que dice, sino que tiene un significado espiritual, una profundidad oculta que a primera vista no descubrimos. Por ejemplo, el mandamiento: "No cometerás adulterio", significa más que el mero acto; se refiere a la fornicación y a la inmundicia de cualquier forma, tanto en acto como en palabra y pensamiento. Es más, para usar la misma exposición de nuestro Salvador sobre esto: "El que mira a una mujer para codiciarla, ya adultera con ella en su corazón".

Así sucede con todos los mandamientos. La letra desnuda no es nada comparada con todo el estupendo significado y el severo rigor de la regla. Los mandamientos, si se me permite la expresión, son como las estrellas. Vistas a simple vista, parecen puntos brillantes; si pudiéramos acercarnos a ellas, las veríamos como mundos infinitos, más grandes incluso que nuestro sol, por estupendo que sea. Lo mismo sucede con la ley de Dios. Parece ser sólo un punto luminoso, porque la vemos a la distancia, pero cuando nos acercamos a donde Cristo estaba, y estimamos la ley como Él la vio, entonces encontramos que es vasta, inconmensurable. "El mandamiento es muy amplio".

Pensad, pues, por un momento en el espíritu de la ley, en su extensión y rigor. La ley de Moisés condena por ofensa, sin esperanza de perdón, y el pecado, como una piedra de molino,

es atado alrededor del cuello del pecador, y éste es arrojado a las profundidades. Aún más, la ley se ocupa de los pecados del pensamiento: el pensamiento del mal es pecado. El tránsito del pecado por el corazón deja tras de sí la mancha de la impureza. Esta ley también se extiende a cada acto: nos sigue hasta nuestra alcoba, nos acompaña hasta nuestra casa de oración, y si descubre la menor señal de desviación del estricto camino de la integridad, nos condena.

Cuando pensamos en la ley de Dios, bien podemos sentirnos abrumados por el horror, y sentarnos y decir: "Dios, ten misericordia de mí, porque guardar esta ley está completamente más allá de mi poder; incluso conocer la plenitud de su significado no está dentro de la capacidad finita. Por tanto, gran Dios, límpianos de nuestras faltas secretas; sálvanos por tu gracia, porque por la ley nunca podremos salvarnos".

Y aunque supieras estas dos cosas, tampoco podrías responder a esta pregunta, porque para comprender nuestros propios errores, debemos ser capaces de comprender la perfección de Dios. Para tener una idea cabal de cuán negro es el pecado, debes saber cuán resplandeciente es Dios. Vemos las cosas por contraste. Alguna vez te habrán señalado un color que parece perfectamente blanco; sin embargo, es posible que algo sea más blanco todavía, y cuando crees que has llegado a la perfección misma de la blancura, descubres que todavía hay un matiz, y que puede encontrarse algo que esté blanqueado hasta un estado superior de pureza.

¡Cuando nos ponemos en comparación con los apóstoles, descubrimos que no somos lo que deberíamos ser; pero si pudiéramos ponernos al lado de la pureza de Dios, ¡oh, qué manchas! qué impurezas encontraríamos en nuestra superficie! Mientras que el Dios Inmaculado está ante nosotros como el fondo brillante para resaltar la negrura de nuestras almas inicuas.

Antes de que puedas conocer tu propia contaminación, esos ojos deben mirar la gloria indecible del carácter divino. A Aquel ante quien los cielos no son puros, que acusa a los ángeles de locura, debes conocerlo antes de que puedas conocerte a ti mismo. No esperes, entonces, que alguna vez alcanzarás un conocimiento perfecto de las profundidades de tu propio pecado.

Además, el que quiera comprender sus errores en toda su atrocidad debe conocer el misterio del infierno. Debemos caminar por esa marga ardiente, pararnos en medio de la llama abrasadora, es más, sentirla. Debemos sentir el veneno de la destrucción cuando hace hervir la sangre en cada vena.

Debemos encontrar nuestros nervios convertidos en caminos ardientes, a lo largo de los cuales los pies calientes del dolor viajarán, apresurándose a paso de relámpago. Debemos

conocer la extensión de la eternidad, y luego la agonía indecible de esa ira eterna de Dios que habita en las almas de los perdidos, antes de que podamos conocer el carácter terrible del pecado.

La mejor manera de medir el pecado es por el castigo. Puedes estar seguro de que Dios no someterá a sus criaturas a más dolor que el que exige la justicia. No hay tal cosa como tortura soberana o infierno soberano. Dios no estira a Su criatura en el potro como un tirano, Él le dará sólo lo que merece, y tal vez, incluso cuando la ira de Dios es más fiera contra el pecado, Él no castiga al pecador tanto como su pecado pudiera justificar, sino sólo tanto como éste lo demande.

En todo caso, no habrá ni un grano más de ajeno en la copa de los perdidos de lo que la justicia desnuda absolutamente requiera. Entonces, oh, Dios mío, si Tus criaturas han de ser arrojadas a un lago que arde con fuego y azufre, si las almas perdidas han de ser conducidas a un pozo sin fondo, entonces, ¡qué cosa tan horrible debe ser el pecado! No puedo entender esa tortura, por lo tanto no puedo entender la culpa que la merece. Sin embargo, soy consciente de que mi culpa la merece, pues de lo contrario Dios no me habría amenazado con ella, pues Él es justo y yo soy injusto, Él es santo y justo, y bueno, y Él no me castigaría más por mi pecado de lo que mi pecado absolutamente requiera.

Una vez más, un último esfuerzo para grabar en nuestros corazones esta pregunta de mi texto. George Herbert dice muy dulcemente: "El que quiera conocer el pecado que vaya al Olivo, y verá a un hombre tan retorcido por el dolor que toda su cabeza, su cabello y sus vestiduras se ensangrentaron. El pecado fue esa presión y esa mordaza que obligó al dolor a capturar su cruel alimento a través de cada vena."

Debes ver a Cristo, sudando como si fueran grandes gotas de sangre; debes tener una visión de Él con la saliva corriendo por Sus mejillas, con la espalda desgarrada por el látigo maldito; debes verle en su doloroso viaje a través de Jerusalén; debes contemplarle desfalleciente bajo el peso de la cruz; debes verle mientras los clavos le atraviesan las manos y los pies; tus ojos llenos de lágrimas deben contemplar la agonía de la muerte; debes beber la amargura del ajeno mezclado con la hiel; debes permanecer en la densa oscuridad con tu propia alma sumamente afligida, tú también debes, como Él, sentir todo el peso de la ira todopoderosa de Dios; debes ser molido entre las piedras de molino superiores e inferiores de la ira y la venganza; debes beber de la copa hasta su última gota, y como Jesús gritar: "Consumado es", o de lo contrario nunca podrás conocer todos tus errores y comprender la culpa de tu pecado.

Pero esto es claramente imposible e indeseable. ¿Quién desea sufrir como sufrió el Salvador, soportar todos los horrores que Él soportó? Él, bendito sea Su nombre, ha sufrido

por nosotros. La copa ya está vacía. La cruz ya no está para que muramos en ella. Apagada está la llama del infierno para todo verdadero creyente.

Ahora Dios ya no está airado contra Su pueblo, pues ha quitado el pecado mediante el sacrificio de Sí mismo. Sin embargo, lo repito, antes de que pudiéramos conocer el pecado, debemos conocer la totalidad de esa terrible ira de Dios que Jesucristo soportó. ¿Quién, entonces, puede entender sus errores?

III. Espero tener su paciente atención por unos momentos más mientras hago **la aplicación práctica**, tocando las lecciones que se extraen de un tema como éste.

La primera lección es: He aquí, pues, la insensatez de toda esperanza de salvación por nuestra propia justicia. Venid acá, los que confiáis en vosotros mismos. Mirad al Sinaí, todo en humo, y temblad y desesperad. Decís que tenéis buenas obras. Ay, vuestras buenas obras son malas, pero ¿no tenéis malas? ¿Negáis haber pecado alguna vez?

¡Ah! oyente mío, ¿estás tan obsesionado como para declarar que todos tus pensamientos han sido castos, todos tus deseos celestiales y todas tus acciones puras? Oh, hombre, si todo esto fuera verdad, si no tuvieras pecados de comisión, ¿qué hay de tus pecados de omisión? ¿Has hecho todo lo que Dios y tu hermano podrían exigir de ti?

¡Oh, estos pecados de omisión! El hambriento que no has alimentado, el desnudo que no has vestido, los enfermos y los que están en la cárcel que no has visitado, recuerda que fue por pecados como estos que las cabras fueron encontradas al final a la izquierda. No por lo que hicieron, sino por lo que no hicieron, las cosas que dejaron sin hacer, estos hombres fueron arrojados al lago de fuego.

Oh, oyente mío, termina con tu jactancia, quita esas plumas de tu yelmo, rebelde, y ven con tu gloria arrastrándose en el cieno, y con tu brillante vestidura manchada, y confiesa ahora que no tienes justicia propia, que todos ustedes son inmundos, y están llenos de pecado.

Si tan sólo se aprendiera esta lección práctica, sería suficiente para compensar la reunión de esta mañana, y se transmitiría una bendición a cada espíritu que la hubiera aprendido.

Pero ahora llegamos a otro, cuán vanas son todas las esperanzas de salvación por nuestros sentimientos. Tenemos que luchar contra un nuevo legalismo en nuestras iglesias cristianas. Hay hombres y mujeres que piensan que no deben creer en Cristo hasta que sientan sus pecados hasta un punto sumamente agonizante.

Piensan que deben sentir un cierto grado de dolor, un alto grado de sentido de necesidad antes de que puedan venir a Cristo del todo. Ah, alma, si nunca eres salva hasta que conozcas

toda tu culpa, nunca serás salva, pues nunca podrás conocerla.

Te he mostrado la absoluta imposibilidad de que seas capaz de descubrir todas las alturas y profundidades de tu propio estado perdido. Hombre, no trates de ser salvado por tus sentimientos. Ven y toma a Cristo tal como es, y ven a Él tal como eres.

"Pero señor, ¿puedo ir? No estoy invitado a venir". Sí lo estás: "El que quiera, que venga". No creas que las invitaciones del Evangelio se dan sólo a personajes, son, algunas de ellas, invitaciones ilimitadas. Es deber de todo hombre creer en el Señor Jesucristo. Es deber solemne de todo hombre confiar en Cristo, no por algo que el hombre sea o no sea, sino porque se le ordena hacerlo. "Este es el mandamiento de Dios: que creáis en Jesucristo, a quien él ha enviado".

***"Oh, creed en la promesa verdadera,
que Dios os ha dado a Su Hijo.***

Confía ahora en Su preciosa sangre, estás salvado, y verás Su rostro en el cielo. Pierde la esperanza de ser salvado por los sentimientos, pues los sentimientos perfectos son imposibles, y un conocimiento perfecto de nuestra propia culpa está fuera de nuestro alcance. Ven, entonces, a Cristo, duro de corazón como eres, y acéptalo como el Salvador de tu duro corazón. Ven, pobre conciencia de piedra, pobre alma helada, ven como eres, Él te calentará, Él te derretirá.

***"La verdadera fe, y el verdadero arrepentimiento,
cada gracia que nos acerca;
sin dinero,
ven a Jesucristo y compra".***

Pero otra vez. Otra dulce inferencia, y seguramente ésta bien podría ser la última, es ésta: ¿qué gracia es ésta que perdona el pecado, un pecado tan grande que la más amplia capacidad no puede comprender su atrocidad?

Sé que mis pecados se extienden desde el este hasta el oeste, que apuntando a los cielos eternos se elevan como montañas puntiagudas hacia el cielo. Pero entonces, bendito sea el nombre de Dios, la sangre de Cristo es más ancha que mi pecado. Esa inundación sin orillas del mérito de Jesús es más profunda que las alturas de mis iniquidades. Mi pecado puede ser grande, pero Su mérito es aún mayor. Yo no puedo concebir mi propia culpa, mucho menos expresarla, pero la sangre de Jesucristo, el amado Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado. Culpa infinita, pero perdón infinito. Iniquidades ilimitadas, pero méritos ilimitados para cubrirlo todo.

¿Y si tus pecados fueran más grandes que la anchura del cielo, pero Cristo es más grande que el cielo? El cielo de los cielos no puede contenerlo. Si tus pecados fueran más profundos que el infierno sin fondo, la expiación de Cristo es aún más profunda, pues Él descendió más profundo de lo que el hombre mismo se ha sumergido hasta ahora, incluso los hombres condenados en todo el horror de su agonía, pues Cristo llegó hasta el fin del castigo, y más profundo no podrán sumergirse nunca tus pecados.

¡Oh! amor sin límites, que cubre todas mis faltas. Mi pobre oyente, cree en Cristo ahora. Que Dios te ayude a creer. Que el Espíritu te capacite ahora para confiar en Jesús. No puedes salvarte a ti mismo. Todas las esperanzas de salvación propia son ilusorias. Ahora ríndete, acaba con el yo, y toma a Cristo. Tal como eres, déjate caer en Sus brazos. Él te tomará, Él te salvará. Él murió para hacerlo y vive para lograrlo. Él no perderá el espíritu que se arroja en Sus manos y lo hace su todo en todo.

Creo que no debo detenerte más. El tema es uno que podría requerir una mente mucho más amplia que la mía, y mejores palabras de las que puedo reunir ahora, pero si ha calado hondo, doy gracias a Dios. Permítanme repetir una y otra vez el único sentimiento que deseo que todos reciban, que es precisamente éste. Somos tan viles que nuestra vileza está más allá de nuestra propia comprensión, pero, sin embargo, la sangre de Cristo tiene una eficacia infinita, y el que cree en el Señor Jesús se salva, aunque sus pecados sean muchos, pero el que no cree se pierde, aunque sus pecados sean pocos.

Dios os bendiga a todos por Cristo.

EstudiaLaPalabra.org